

denuncia

¿A dónde van los que se van?*

María Teresa Priego

Cada quien está solo frente a su muerte. Pareciera que es a partir de esa condena inapelable que se gesta la soledad dolorosa que acompaña al ser humano. Los muertos se quedan muy solos y los vivos se quedan muy solos, y el duelo es entonces ese tiempo largo de transición donde aún van de la mano los muertos y los vivos. Hasta que se pueden soltar, hasta que con el tiempo, muy de a poquito, se dejan ir.

Me da un miedo intenso pensar en la muerte. Pero nada de lo que pueda decir, nada de lo que pueda haber leído o haber escuchado, se asemeja al horror de la muerte de Brenda. Nada me acerca siquiera a esa soledad atroz, a esa muerte en la tortura que le impusieron a Brenda. ¿Cómo imaginar el dolor que le arranca a sus familiares la piel todos los días? ¿Cómo se entra en un duelo semejante? ¿Cómo se vela a una hija asesinada? ¿Cómo se vela a una hija asesinada en la tortura? ¿Cómo se vive? cuando esa hija muerta se convierte para los demás en un número, en un expediente postergado? Cuando los investigadores no investigan y los jueces no imparten justicia. Cuando el horror es nota roja. ¿Cómo se vive cuando tocas puertas, cuando ruegas para poder por lo menos enterrar un cadáver y recibes una mano? ¿Cómo se vive cuando un país entero se calla? Como si esa muchacha nunca hubiera existido.

Hoy tengo temor de mis palabras. Una nunca puede deslizarse en la piel de ese otro que sufre. Nos aproximamos nada más. Por más que se intente, rozamos de lejos. Pero ante un tema tan terrible, las aproxi-

* Texto leído en la presentación del libro de Víctor Ronquillo: "Las muertas de Juárez".

¹ Título de una canción de Liliana Felipe.

maciones duelen. Me duele que alguna palabra pudiera arrojarme hacia la falta de respeto o de pudor. Me duele saber que todo lo que intento decir no puede ser más que insuficiente. Y sin embargo, hay que decirlo y aceptar que siempre existe ese espacio traidor, entre la realidad y mi posibilidad de hablarla, entre esa sensación que tuve leyendo el libro de Víctor Ronquillo —que me agarró de las tripas— y no hallo otra manera de expresarlo, y mi posibilidad de transmitirle mi admiración profunda. Estoy aquí porque este tema me es esencial. Pero también estoy aquí para decirle a Víctor hasta qué punto su coraje y su compromiso me han sacudido. Estoy aquí para decirle que leí su manuscrito —sin que él lo supiera— hace unos tres o cuatro meses y que desde ese momento, hubo alguien desconocido para él que estuvo pensándolo con mucho respeto y con mucha gratitud. No leí el manuscrito inmediatamente. Lo evité lo más que pude. Esa es la verdad. Hasta que un día ganó mi vergüenza de pensar que Víctor había tenido el enorme coraje de escribirlo y yo no era capaz ni siquiera de tener el mínimo coraje de leerlo.

Me imaginaba a Víctor solo, tantas noches en su habitación de un hotel de Ciudad Juárez, solo con su información a cuestas. ¿Qué hacía? ¿Quizá escribir hasta que llegaba la luz? ¿Se tomaba un somnífero? ¿Por qué alguien se internaría en el horror para escribir un libro? Esta pregunta me ha perseguido. Y la respuesta que encuentro es, quizá, por esa capacidad de simpatizar con el dolor de los otros, de asumirlo —y de actuar en consecuencia— que tienen algunos pocos. Quizá, porque ante tanto horror y tanta muerte, Víctor tuvo el valor de hacerse una pregunta fundamental: ¿En qué consiste el oficio de estar vivo? Y a partir de esa respuesta suya que yo desconozco, pero que tiene sin duda que ver con el compromiso, se lanzó solitario a demoler el silencio.

El silencio y la evasión de toda una sociedad ante los asesinatos de Ciudad Juárez. ¿Por qué? ¿Por qué 187 mujeres muertas no han golpeado a los medios, no han trastornado a la opinión pública? No nos hemos volcado a las calles para exigir justicia. Las muertas de Juárez no fueron consideradas, hace unos días, como uno de esos silencios insoportables que se le reprocharon al v informe del presidente. Y son sin embargo las grandes ausentes de todos los discursos. En medio de este monumento al silencio me pregunto: ¿Qué habría pasado si el primero, el segundo de estos asesinatos hubiera tenido lugar en las Lomas de Chapultepec y no en las Lomas de Poleo? La policía y el ejército

habrían acordonado la zona. Habría culpables. Habría sentencias. Hay pues en las características de los crímenes y en el descompromiso social ante ellos, un silencio que tiene que ver con la clase y un silencio que tiene que ver con el género. Es como si las muertas de Juárez estuvieran en su marginalidad doblemente muertas. Muertas para la vida y muertas para la justicia. Muertas para todo aquello que ya no está por venir y muertas para una sociedad acostumbrada, indiferente ante nuestra brutal jerarquización de la categoría de ciudadano.

En Ciudad Juárez se están cometiendo asesinatos en serie. Las víctimas son mujeres. Jóvenes. Pobres. Mueren tras abuso sexual y tortura. Son 187. Es una Tragedia Nacional. Tenemos que reconocerla como tal. Lo que quiero decir es que las dimensiones de este horror tendrían que marcar en nuestro país un parteaguas. México es distinto, es más doloroso, más bárbaro, más inhumano porque ellas están muertas. Allí irrumpe el trabajo de Víctor y de las compañeras y compañeros de Ciudad Juárez abriendo el fuego para un debate nacional. Un debate que cuestione la condición de ciudadano. Y concretamente, en este contexto y en tantos otros: la ciudadanía de las mujeres. Un debate que nos lleve a aceptar al nivel de una entera sociedad, que la causa de la equidad de género es una causa indispensable. Que son muy altos los costos de ignorarla. Que la violencia contra lo femenino es distinta de otras formas de violencia y que así tiene que ser analizada. Discutida. Transformada en algo más justo que esta lógica del privilegio y del desamparo.

Que no haya una víctima más. Que se castigue a los culpables y se devuelva así dignidad a las víctimas. Que los familiares de las muchachas asesinadas en Ciudad Juárez se sientan por fin escuchados y respetados. Que nadie nunca más se arrogue el derecho, como sucedió con aquel procurador de Chihuahua, de cuestionar las vidas privadas de las víctimas, o sus posibles oficios, de hablar desde la autoridad con un grado de misoginia sin nombre. Aclarar que la mayoría de las niñas, adolescentes y mujeres asesinadas no ejercían el oficio de la prostitución me parece importante para descifrar la naturaleza de los crímenes y porque para sus familiares ha sido importante, pero al mismo tiempo, me produce una intensa violencia interior: esa mujer fue torturada, y asesinada, cómo se ganaba la vida, no es asunto de nadie.

Retomo una declaración de Esther Chávez Cano del grupo 8 de marzo, citada por Víctor.

“Cualquiera puede vengarse y matar con violencia a una mujer y luego ir a tirarla. Es basura. Además, de la frustración que viven los hombres, que no han podido llegar a ser lo que se les dijo: fuertes, valientes y triunfadores”. Me llama la atención que Esther utilice la palabra: “Vengarse”. Pero el grado de salvajismo de estos crímenes tiene las características efectivamente de una venganza. Que por supuesto no tiene nada que ver con la víctima. Una venganza atroz contra lo femenino. Un odio atroz contra lo femenino. 187 cadáveres, lo que los partes policíacos llaman: asesinatos en serie. Retomo la palabra “serie”. La retomo para hablar, no de las características de los asesinos, sino del lugar en el que el asesino en estos casos coloca a sus víctimas. La retomo en ese punto del significado donde “la serie” se opone a aquello que es único: la vida humana. Los asesinos de Ciudad Juárez nos gritan que la vida de una mujer no es única. Que una mujer forma parte de una “serie” sin humanidad y sin rostro. La serie de “lo femenino” cuya suma para él es igual a nada. Produce y significa nada. El lenguaje de los ministerios públicos habla en estos casos —por hábito o por intuiciones inconscientes— del asesinato “de un sujeto del sexo femenino”. Es exacto. Lo que el asesino tortura y ultraja no es para él una mujer, es decir una persona, sino “un sexo femenino”. Un sexo femenino cuyas implicaciones le producen horror. Un sujeto del sexo femenino a quien hay que arrebatarle en una tortura interminable su calidad de sujeto. Cosificarla hasta la muerte. En su declaración, uno de los violadores y cómplice de varios asesinatos habla de la mujer muerta como “la perdedora”. El mismo detenido declara que el asesino, después de la violación se acerca a él y le dice “voy a chingármela otra vez”. Cuando el declarante voltea, su cómplice la está estrangulando. La misma palabra para violar y para matar.

En alguno de los crímenes, el asesino cercena el pecho derecho de la víctima y le arranca a mordidas el pezón del lado izquierdo. ¿Por qué arrancar un pezón a dentelladas? En México acuñamos una frase de una crudeza inimaginable: “Valer madres”. Por esta expresión designamos lo que carece de valor. Aquello en lo cual el sujeto que habla no estaría dispuesto a comprometer sus afectos. El mexicano eligió a la madre, su primer objeto de amor y de odio para designar cuanto no le importa. Decir “vale madres” es pretender que en su maternidad una mujer alcanza el punto más alto de su no valor. Cuando para el hijo —y nadie se salva de ser hijo— lo que se juega ante la madre es más bien

todo lo contrario. El pecho es el símbolo de un doble mensaje femenino: el de su fuerza erótica y el de su fuerza reproductiva. En el contexto de los asesinatos en serie de mujeres, ante un asesino que viola, arranca un pezón y mata, no puedo evitar remitirme a esa frase cuyo significado profundo hemos dejado de escuchar a fuerza de repetirla. El asesino corta el seno porque esa mujer "le vale madres" es decir, toma el lugar de la madre. Una madre ante la cual habría que ejercer la más feroz de las revanchas. Si la madre "vale madres", todas las demás mujeres tienen que valer lo mismo. Esta lógica, llevada a su paroxismo, termina en los hechos de Ciudad Juárez.

¿A dónde van los que se van? Quiero pensar, necesito pensar, así como lo hizo Víctor, que algo de ellas se va a los actos y a las palabras. A las transformaciones posibles: individuales y colectivas. Privadas y públicas. A esas preguntas que después de Ciudad Juárez son imposterables: ¿Qué vamos a hacer para detener el horror? ¿Qué es lo que vamos a hacer para detener la ferocidad de nuestra lucha de sexos? Vayan estas palabras, así de limitadas, así de insuficientes, hacia un segundo de la soledad de Brenda. Gracias Víctor.